

Martin V su condiscipulo para fundar una nueva congregacion bajo el nombre de Monjes ermitaños de San Gerónimo en las montañas de Cazalla, diócesis de Sevilla. Obtenido el permiso, fundó á poco seis monasterios, en los cuales se observaba la regla de San Agustin y unas constituciones muy austeras sacadas en parte de las de los cartujos.

Habiendo pasado segunda vez á Italia donde adquirió otros monasterios, se empeñó en que la regla de San Agustin no convenia á los monjes, y así formó otra nueva sacada de las obras de San Gerónimo, regla que el escritor Sigüenza, que no es ciertamente muy favorable á Olmedo, no puede menos de elojiar diciendo que *estaba ordenada con buen ingenio, diligencia y fielmente cojida, y los mas bien atados centones que yo visto, dignos de mas estima que los que hizo de las obras de Virgilio y Homero, Proba Falconia, tan alabados en el mundo.* Fué aprobada esta regla por Martin V en 1429 dándose el nombre de *San Isidoro* á esta congregacion por la rica abadía de *San Isidoro del Campo que cerca de Sevilla se le dió igualmente*, segun dice el diccionario de las órdenes.

Sin embargo, aunque obtuvo hula para que la siguiesen las demás congregaciones de España, no fué observada por mucho tiempo y volvieron á tomar la de San Agustin. Los siete monasterios que tenian en España fueron reunidos á los primeros Gerónimos en 1595, y los diez y siete de Italia continuaron independientes.

La tercera congregacion fué fundada en 1380 en Montebello en la Umbria por Pedro Gambacorti, llamado mas comunmente el Beato Pedro de Pisa, el cual obtuvo en 1434 de Martin V el permiso de seguir observando la vida penitente que habia abrazado. Eugenio IV les permitió en 1437 celebrar capítulos generales y poder ascender al sacerdocio. En el año 1768 Pio V les mandó hacer votos solemnes segun la regla de San Agustin.

Finalmente, la cuarta congregacion llamada *Sociedad de San Gerónimo*, fué fundada por el Beato Carlos de Montegraneli en 1360, aprobada en 1506 por Inocencio VII; pero mas adelante, por los años 1668 fué suprimida por el papa Clemente IX.

Estas dos últimas congregaciones no tuvieron prosélitos en España.

Tal es en brève resumen la historia de esta orden que si bien ha dado algunos varones célebres á la Iglesia, cuenta sin embargo con bien pocos representantes en la república de las letras.

## XI.

### LAS PALABRAS DEL SEÑOR.

ERA la noche del 3 de Agosto de 1809.

Los plateados rayos de la luna arrojaban un manto sobre la heroica Zaragoza que mostraba sus derruidos muros y humeantes escombros. A cada paso se tropezaba en la ciudad augusta con ruinas, con incendios, con moribundos, con cadáveres. La muerte y la destruccion habian pasado por allí.

Era que allí se habia peleado sin tregua, sin descanso, sin cuartel, por el altar, por la patria, y por el trono, tres nombres májicos que en aquella época tenian el privilegio de inflamar todos los corazones y de convertir á los españoles todos en soldados, á los soldados en héroes y á los héroes en mártires.

Al grito de guerra lanzado en Madrid el 2 de Mayo, la España se alzó como un solo hombre. Cada gota de sangre derramada encuentra un millar de combatientes prontos á vengarla. Los púlpitos se convierten en tribunas y, armado el brazo de la cruz salvadora, llaman los sacerdotes á una nueva cruzada.

Zaragoza fué una de las primeras ciudades en presentar un baluarte donde estrellarse debia la arrogancia de los guerreros tostados por el sol de Austerlitz y de las Pirámides.

—Ríndete! le habian dicho los franceses á su caudillo Palafox.

—Jamás he comprendido esta palabra.

—Convertiremos á Zaragoza en un monton de ruínas.

—Mejor; así estaré cierto de tener mortaja.

Se establece el sitio, se prolonga: los aragoneses mueren, pero no se rinden.



Habia llegado la noche del 3 de Agosto para la esforzada Zaragoza.

Un hombre en toda la fuerza de su edad y cuya varonil fisonomía revelaba por medio de pronunciados rasgos la firmeza que albergaba su corazón, bajó de la muralla y se dirigió rápidamente hacia una tortuosa callejuela situada en el centro de la ciudad. Al llegar allí dió con la culata de su carabina dos golpes á una puerta.

No tardó en oirse abrir la ventana que sobre esta puerta se dibujaba y en verse aparecer una cabeza calva y venerable que escasamente sombreaban algunos mechones de blancos cabellos.

— Corre, hija mia, — dijo una voz, — corre, Teresa! Bendito sea Dios! Es Jaime!

Oyóse entonces un paso rápido que bajaba la escalera acompañado del crujiente ruido de una falda. La puerta se abrió y una mujer se arrojó en brazos del recién llegado formándole con ellos un apretado cinturón de alabastro.

Era una mujer bella como un delirio de artista. Su mate blancura contrastaba con los brillantes carbunclos de sus ojos, y las nudosas trenzas de su negro pelo demasiado indicaban que al desprenderse podía su cabellera formarle una mantilla con que envolverse toda, como una madonna del pintor de Urbino con los pliegues flotantes de su manto.

Jaime rozó con sus labios la frente de aquella mujer y la dijo:

— Buenas noches, Teresa! Páguete Dios tu solicitud y tu cariño!

Y subiendo la escalera enlazado el brazo con su delicado talle, saludó á un monje que en la última meseta le aguardaba. Era el anciano que se habia asomado un momento ante la ventana y cuya exclamación nos ha revelado el nombre de nuestros dos personajes.

— Estás herido, hijo mio? — preguntóle el fraile ansiosamente así que le vió.

— No, gracias al cielo, padre, — contestó la voz franca y varonil de Jaime, — y esto que he tenido mi parte gloriosa en los hechos de la jornada.

En seguida, el recién llegado dejando en un rincón su carabina, se sentó junto á la ventana, y puesta una mano entre las de su esposa y otra en las del anciano religioso, les contó con calor y entusiasmo, con el fuego que respira cada palabra de un corazón patriota, los acontecimientos del día y la parte que en ellos habia tomado.

Era todo un bizarro jóven y todo un valiente Jaime Laynez, y era por lo demás un pecho noble y generoso, dispuesto siempre y pronto á cualquier

acción hidalga. Su corazón, como las antiguas liras de los bardos teutónicos, tenia tres cuerdas que melódicas vibraban y que á toda invocación respondían como se le hiciera en nombre de su Dios, de su patria y de su esposa. Estos eran los tres únicos ejes, los tres únicos móviles de su vida. Corría sangre española por sus venas y su alma caballeresca le hacia en nuestra sociedad ó á lo menos en nuestro siglo, un tipo el más acabado de nuestros buenos tiempos antiguos. Veneraba la religión de sus padres, adoraba á la mujer que se habia dado un día por compañera, é idolatraba á su patria. Nada habia pues en él que no fuese todo amor y todo dulzura. Su morena frente al reclinarse sobre el hombro nevado de su Teresa, soñaba melancólica con los laureles de los que mueren combatiendo por su país y con la auréola que alcanzaran un día los mártires cristianos. Jaime Laynez combatiendo por su rey hubiera sido un mal soldado, peleando por su mujer hubiera sido un león, luchando por su religión y por su patria era un héroe.

Tal era Jaime Laynez. Su lenguaje ardiente y apasionado impresionó á sus oyentes y más de una vez sintió el defensor zaragozano, al relatar aquella noche alguno de los trances más apurados de la jornada, estremecerse nerviosa la mano de Teresa, al propio tiempo que con calor se sentía estrechada la otra por el anciano.

Su relato concluyó por una palabra de despido.

— Como! — esclamó Teresa, — te vuelves?

Jaime clavó en ella sus ojos asombrados.

— Pues qué, — dijo, — podría por mucho tiempo permanecer á tu lado cuando mis hermanos velan en la muralla?

Teresa inclinó la cabeza.

— Tiene razón, hija mia! — dijo entonces la voz grave de Fray Estevan.

— El hombre se debe á su Dios y á su patria.

— Solo he venido un instante para verte, amada mia, — continuó el jóven.

— Ya sabes el cariño con que te adoro. Mañana hubiera peleado con menos vigor si no te hubiese visto, y si de nuevo no me hubiese dado su bendición nuestro venerable amigo.

— Jaime, — esclamó el monje; — de poco puede servirte la bendición de un pobre religioso como yo, pero te la doy con entusiasmo é imploro la gracia del Señor para que guarde la frente del que defiende aguerrido el altar donde se adora su Dios, el suelo que ha sostenido su cuna y el hogar en que, temblando por él, le aguarda solícita y trémula una amante esposa.



—De nuevo os la confío, padre mio, —dijo el jóven. Os encargo mi tesoro, mi bien, mi dicha. Ya sé que velais por ella con paternal y religioso cuidado. Amigo antiguo de mi familia y de la de mi Teresa, vos nos habeis acompañado al altar y enlazado nuestras dos manos como enlazados estaban ya nuestros corazones. Solos como nos hallamos, padre, nosotros confiamos en vos tan solo.

—Y confiar bien puedes, Jaime. El dia que los franceses invadiendo perjuros nuestro pais me han arrojado de mi pobre convento, á dónde he dirigido mis pasos vacilantes? á qué techo hospitalario me he acogido sino al tuyó? Era que estaba seguro de que entrambos recibiriais al anciano como á un padre, ya que él os ama como á sus hijos. Parte, Jaime, combate por la libertad hollada de tu patria, por su independenciam, por su gloria! Parte! mis oraciones te seguirán en lo mas crudo de la pelea. Yo rogaré por tí y Dios me dará fuerzas y palabras consoladoras para enjugar las lágrimas que se desprenden de los ojos de Teresa.

—Padre mio, ya os lo dije ayer, ya os lo dije anteayer, y ya os lo he repetido todos los dias. Si mañana á esta hora no vuelvo....

Imposible por mas tiempo de comprimirse, un sollozo desgarrador vino á levantar el seno de Teresa interrumpiendo al jóven.

—Teresa, Teresa, amor mio! —esclamó Jaime arrojándose á ella y estrechándola frenético en sus brazos, —no llores así porque me matas! Quisieras mejor que permaneciera á tu lado como un cobarde mientras otros se batirian por mi patria?

Fray Estevan se adelantó.

—Es eso lo que has prometido al anciano, Teresa! —la dijo con voz entre paternal y severa. —Ya no sientes latir un corazon español? Quieres enfriar con tus lágrimas el ardor de tu marido, el santo ardor que le impele á defender su hogar que invadir se intenta? Sabes tú quizá la suerte que se nos reservaria á tí, pobre mujer, á mí, debil anciano, el dia en que los brazos debilitados de nuestros defensores dejen penetrar al enemigo con sus inseparables compañeros el saqueo, la matanza y el pillaje? Crees tú que en un asalto se respetan ni el honor de la mujer ni los cabellos blancos del anciano?...

—Oh! á vuestro turno, padre, no habeis así! —esclamó Jaime de cuyos ojos brotaron como dos rayos. —Me asesina ésa idea!

Teresa enjugó sus lágrimas.

—Adios! —dijo con trémula voz y alargando una mano al jóven.

Jaime se la estrechó, dirigió una suplicante mirada al religioso y se lanzó fuera de la casa despues de haber tomado su carabina.

Lució la mañana del 4 de Agosto. Nadie hay que ignore ese dia memorable en los anales de España, nadie hay que desconozca esa magnífica página de la brillante epopeya de nuestra independenciam.

Los franceses habian logrado penetrar casi hasta el mismo corazon de Zaragoza, pero esta cerrándose á su paso y envolviéndoles con un círculo viviente, ahogó al ejército que habia entrado como ahoga la serpiente al tigre entre sus anillos de hierro.

La lucha fué desesperada, atroz, encarnizada. La sangre bajaba á rios por las calles. Fué un dia de horror y de muerte!

Casi todos los franceses habian ya perecido. Solo algunos quedaban, pero iban sucumbiendo uno tras otro esparcidos por entre los innumerables cadáveres de los que habian sido sus compañeros. En vano se gritaba que cesára el fuego; no habia ya enemigos y sí solo un triste peloton de vencidos. En vano, el vapor de la sangre cegaba á los valientes defensores de la ciudad inmortal. No se daba cuartel.

En la esquina de la calle de santa Engracia, cubierto de heridas, pálido, moribundo casi, rota la espada, un jóven oficial francés se incorporó de entre un monton de cadáveres, y dejó escapar un triste gemido.

Un grupo de sitiados estaba allí cerca.

—Oh! allí hay todavía uno! —gritaron. —Á él! á él!

Y se lanzaron furiosos hácia el oficial, jóven de unos veinte y dos años, casi un niño.

—Piedad! —murmuró este en español.

—No la hay! —le contestó el mas entusiasta y feroz del grupo levantando en alto su fusil para estrellarle la cabeza de un culatazo.

—Y porque no ha de haberla? —preguntó con voz dulce otro de los sitiados deteniendo el brazo de su amigo. —Somos nosotros españoles ó asesinos?

—Oh! salvadme! salvadme! —balbuceó entonces el oficial arrastrándose hácia el que acaba de pronunciar aquellas palabras y que no era otro que nuestro conocido Jaime. —Salvadme! me llamo Augusto de Severay y....

—Te lo pregunto yo acaso? —dijo Jaime con voz breve. —La humanidad no necesita saber nombres.

En seguida volviéndose hácia sus compañeros:

—Cededme á ese oficial, —les dijo, —me interesan su juventud y gallar-



día. Los demás murmuraron, pero como Jaime era muy querido, no contestaron nada y permitieron que alargándole la mano le ayudara á levantar y le ofreciera el brazo en seguida para que en él se apoyara.

— Oh! por piedad! — exclamó el francés, — llevadme á vuestra casa, no me dejes entre sus manos. Me matarian, y tengo una madre en Francia que al saberlo se moriría de pesadumbre.

Jaime titubeó.

— Os lo pido en nombre de vuestra madre, si la teneis! — continuó el oficial.

Habia tal desgarrador acento, tal melancolía y tanta juventud y belleza por otra parte en el herido, que Jaime se sintió conmovido.

— Sea! — dijo obedeciendo á un irreflexivo impulso como tan á menudo les sucede tenerles á todos los hombres de corazón. — Os llevaré á mi casa.

— Oh! Gracias! gracias!

Jaime Laynez, en efecto, se dirigió con el jóven á su casa. Aguardándole estaban en la puerta inquietos y solícitos su esposa Teresa y Fray Estevan con su reverenciado traje de trinitario descalzo. En cuanto le vió la jóven, se lanzó hácia su marido, pero detúvose sorprendida al verle en compañía de un extranjero.

— Teresa, — dijo Jaime á su esposa, — el amor á la patria no exige que seamos inhumanos. No es verdad, padre? — continuó dirigiéndose al religioso que contemplaba con asombro al recién llegado. — Aquí traigo á un prisionero francés á quien mis amigos iban á degollar despues de vencido, si yo no me hubiese acordado de vuestros sabios y humanitarios consejos; cien veces me lo habeis repetido, padre: para el enemigo valor, para el prisionero humanidad, para el vencido piedad. Pues bien, he tenido piedad del vencido. Soy por ello culpable?

— No, hijo mio, — contestó la voz dulce del monje; — bien has hecho en tender la mano que leal ha combatido al enemigo que imploraba misericordia. Proteja Dios la casa del vencedor que dá hospitalidad al vencido!

— Teresa, — prosiguió Jaime, señalándole á Augusto que desfallecía, — está cubierto de heridas y próximo á sucumbir. Cuidémosle como á un hermano.

— Oh! venid, venid! — dijo Teresa ofreciendo un brazo al prisionero. — Si en España el valor es indomable tambien la hospitalidad es dulce.

El jóven francés al ver aquella tierna solicitud en tan bella criatura, dióle gracias con una lánguida y espresiva mirada. Le faltaban fuerzas para ha-

blar. Augusto fué transportado á un lecho donde despues de haberle aplicado Fray Estevan, que era profundo conocedor en el arte de curar, el primer vendaje á sus heridas, se le dejó tranquilamente en reposo.

— Hijos míos, — dijo el buen religioso entonces cojiendo á los dos esposos por la mano. — Hoy ha dado el Señor un dia de gloria á la patria. Bendigamos su eterna justicia.

Y los tres cayeron de rodillas entonando el anciano con voz trémula un himno de alabanza y agradecimiento.

Concluido, Jaime volvió á empuñar su humeante carabina y abrazando á su esposa, y besando la mano al religioso, partió de nuevo para ir á continuar en los muros de la ciudad inmortal su infatigable defensa.

El 13 de Agosto, á los ocho dias de la derrota francesa, los sitiados vieron amanecer desierto el Monte Torrero. Desamparados yacian los campamentos; salieron exploradores y guerrillas á cerciorarse de la novedad. En efecto, todo habia desaparecido, municiones, artillería, todo. La ciudad entera dando gritos de júbilo y alegría, se esparció por los campos y el nombre de Palafox voló en alas de la fama hasta los mas remotos confines.

Como se puede suponer, la casa de Jaime Laynez resonó tambien con los gritos de alegría y las bendiciones, comediéndose empero todos en sus palabras al hallarse en presencia del huésped para no ajar su orgullo nacional. Sin embargo, este no hubiera hecho caso tampoco porque ni atendia ya nada ni veia otra cosa que Teresa. Desde el primer dia la bella y poética figura de esta jóven habia despertado en su alma una sensacion desconocida, sensacion que fuera gradualmente aumentándose á medida que tuvo ocasion de experimentar la delicadeza de los cuidados, la amable solicitud con que la esposa de Laynez trataba de hacerle dulce la hospitalidad.

A los pocos dias, Augusto podia ya levantarse de la cama y, apoyado en el brazo que le ofrecia Teresa, daba algunos paseos por la casa. La palidez del jóven oficial realzaba la belleza casi femenil de su fisonomía, sus bellos ojos despedian tiernas y lánguidas miradas, y Teresa, la misma Teresa sentia por el prisionero una simpatía que se admiraba verdaderamente de hallar en su pecho y que se preguntaba en vano como habia nacido.

Jaime no comprendia ni veia aquella naciente amistad que iba formándose en el cielo de su cariño conyugal como la nube se forma en un punto del horizonte. Para Jaime, ya lo hemos dicho, no habia mas divisa que Dios, su patria y su esposa. Adoraba á las tres cosas y de las tres estaba seguro. El veneno de la sospecha no logró introducirse en su corazón. Y es que, es-



pañol y honrado, podía acaso dudar del hombre que cada vez que le veía le tendía libre y franca una mano, al propio tiempo que murmuraban sus labios palabras de gratitud por su hospitalidad....

Transcurrieron varios días después del levantamiento del sitio por los franceses. Jaime, á quien no le llamaban ya tan á menudo fuera de su casa sus deberes de patriota y ciudadano, se pasaba como antes las horas hablándole de amor á su mujer para quien guardaba todos los miramientos y delicadezas de amante, y discutiendo con el buen sacerdote puntos de religion, ó mejor consultándole sobre escenas y pasajes de las obras religiosas á cuya lectura con asiduidad se entregaba.

En cuanto á Augusto, vivía allí como en su propia casa y habíase sabido captar completamente la voluntad del honrado Jaime. Fué recobrándose de sus heridas, y mostraba á Laynez tal cariño y gratitud, que este le trataba verdaderamente como á un hermano. Entre ellos no se hablaba jamás de la guerra cruel que dividía sus naciones; al contrario, Augusto, si alguna vez lo motivaba la conversacion, ensalzaba el valor de los españoles y la hermosura de la España y con tal fuego lo hacia, con tal calor defendía á unos y á otra de las severas imputaciones que se les dirigian en el extranjero, que Jaime, para quien ya sabemos que la España era un ídolo, le estrechaba con efusion la mano y se felicitaba á sí mismo por haber salvado de una muerte cierta al oficial francés.

Cada noche, siguiendo una antigua costumbre de la familia de Laynez cuando se hospedaba en su casa un religioso, se reunían Teresa y Jaime en el comedor y escuchaban con atencion la lectura y los comentarios que Fray Estevan les hacia de un capítulo de la Biblia. Cuando se sintió ya fuerte y curado, Augusto quiso reunirse á los dos esposos para participar con ellos de esa poética y religiosa costumbre. Esto le acabó de merecer las simpatías de Laynez, que dejó en fin y completamente de ver en él á un francés y á un hombre que habia militado entre los enemigos de su patria.

De todos los habitantes de la casa, solo un rostro permanecía severo para él, solo una mano no se le habia tendido jamás, solo un corazón se hallaba cerrado á sus palabras y protestas. Eran el rostro, la mano, el corazón de Fray Estevan.

Por lo demás, Augusto no salía nunca de casa y era de todo el mundo ignorado que en la morada de Laynez hubiese un huésped francés.

Deslizábanse los días en tanto. Augusto no hablaba de irse y nadie tampoco le decia de ello una palabra. El uno habia olvidado que era un huésped, los otros que tuviesen en su compañía á un extranjero.

Una mañana sin embargo iba Jaime á salir de su casa, cuando Fray Estevan le llamó á su cuarto.

—Hijo mio, —le dijo el religioso mirándole de hito en hito, — qué piensas hacer del prisionero?

—De Augusto?... Qué se yo! Pero, porqué esa pregunta, padre?

—Lo decia solo porque á los ojos de los vecinos puede comprometerte la permanencia por mas tiempo en tu casa de ese hombre. Llegarán á descubrir que es un francés, un enemigo, y tu patriotismo puede ser puesto en duda.

—En duda! en duda mi patriotismo, padre?

Y la limpia y serena mirada de Jaime se clavó con sorpresa en el rostro de Fray Estevan. En efecto, dudar del patriotismo de Jaime Laynez era como dudar del sol. El anciano sintió que se turbaba. Era que el ojo práctico y escrutador del religioso habia descubierto una acaso ya criminal intimidad entre los corazones de los jóvenes, intimidad que se ocultaba aun al alma cándida y noble de Jaime. Esto le habia inquietado; habia temido por el reposo futuro del marido y buscaba un medio de alejar el peligro sin introducir el áspid de los celos en su corazón. Jaime no pudo atinar en lo que se velaba tras las palabras del anciano, pero comprendía sin embargo que allí habia algo.

—Os disgusta acaso la estancia de este francés en mi casa? —preguntó.

Fray Estevan vaciló en la respuesta, pero por fin dijo, como si esta palabra le fuera arrancada á viva fuerza:

—Puede!

Jaime volvió á mirarle. Entonces comprendía menos. El monje por lo comun tan bueno, tan cariñoso con todos, no hablaba de aquel modo sin objeto. Jaime decidió averiguarlo.

—Os pesa la hospitalidad que le hemos dado?

—Nadie se arrepiente jamás de una buena accion.

—Pero como es un enemigo....

—No hay enemigos entre los vencidos. La España combate y lucha con las armas en la mano contra los que con las armas en la mano tambien han invadido su suelo. En el campo del honor y de la lealtad, cara á cara, en el calor del combate, los hombres pueden ser desgraciadamente enemigos, pero cuando un brazo cansado de luchar suelta la homicida espada, cuando una boca se entreabre para pedir misericordia, los hombres, hijo mio, vuelven á ser hermanos.

—Pláceme oiros hablar así. Dios entonces habrá aprobado mi accion....